

39. ¿Qué es el Evangelio?

E. J. Waggoner

Esta pregunta es respondida en pocas palabras por el apóstol Pablo, en Romanos 1:16, 17: «Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al judío primeramente, y también al griego. Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá.» (Romanos 1:16-17, RVR1960). Pero, aunque la pregunta es respondida en tan pocas palabras, la respuesta comprende tanto que tomará toda la eternidad desvelar la profundidad de su significado.

El texto anterior expone dos puntos para nuestra consideración: 1. La salvación del pecado; y 2. El poder de Dios ejercido para lograr esa salvación. Los consideraremos brevemente en orden.

El apóstol dice que el evangelio es poder de Dios para salvación, porque en él se revela la justicia de Dios. Esto muestra que es la revelación de la justicia de Dios lo que trae salvación. Que la salvación se refiere únicamente al pecado, se muestra en el hecho de que es la revelación de la justicia de Dios la que salva. Ahora, dado que la injusticia es pecado (1 Juan 5:17), y el pecado es la transgresión de una ley (1 Juan 3:14), es evidente que la justicia es obediencia a la ley de Dios. Los siguientes textos también lo muestran: «Y dará a luz un hijo, y llamarás su nombre JESÚS, porque él salvará a su pueblo de sus pecados.» (Mateo 1:21, RVR1960). «Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero.» (1 Timoteo 1:15, RVR1960).

Dado que el pecado es la transgresión de una ley, es evidente que salvar a alguien del pecado, o de la transgresión de una ley, es lo mismo que hacerlo y mantenerlo obediente a la ley. Por lo tanto, el evangelio es la revelación del poder de Dios para obrar justicia en el hombre —para manifestar justicia en sus vidas. El evangelio, por lo tanto, proclama la ley perfecta de Dios y no contempla nada menos que la obediencia perfecta a ella. No debe pasarse por alto que se requiere nada menos que el poder de Dios para exhibir actos justos en las vidas de los hombres. El poder del hombre es completamente inadecuado. Esto se ve fácilmente cuando reconocemos qué es la justicia que debe revelarse en la vida. El texto dice que es «la justicia de Dios». La justicia de Dios se establece en su ley (Isaías 51:6, 7). Ahora

bien, ¿quién puede practicar la justicia de Dios? Es decir, ¿quién puede realizar actos tan justos como los que hace Dios? —Evidentemente, solo Dios mismo. La ley de Dios establece el camino de Dios (Salmos 119:1, 2). Pero el Señor dice: «Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos.» (Isaías 55:9, RVR1960). Por lo tanto, el esfuerzo del hombre por guardar los mandamientos de Dios debe quedarse tan corto como la tierra está más baja que los cielos.

El hombre ha caído; la obra del evangelio es elevarlo a un lugar a la diestra de Dios. Pero, ¿puede el hombre levantarse de la tierra al cielo? Un hombre puede tan fácilmente levantarse del suelo al sol, poniendo las manos bajo las plantas de sus pies y levantando, como puede elevarse por sus propias acciones a la altura de las exigencias de los mandamientos de Dios. Todos saben que cuando un hombre intenta levantarse poniendo las manos bajo sus pies, solo se está manteniendo abajo, y que cuanto más fuerte levanta, más presiona hacia abajo. Así sucede con todos los esfuerzos del hombre por hacerse lo que la ley de Dios exige. Solo está añadiendo a su culpa, porque «Si bien todos nosotros somos como suciedad, y todas nuestras justicias como trapo de inmundicia; y caímos todos nosotros como la hoja, y nuestras maldades nos llevaron como viento.» (Isaías 64:6, RVR1960). Lo que el hombre hace por sí mismo es de sí mismo; es decir, es egoísmo; y el egoísmo no tiene lugar en el plan de salvación. Lo que es de sí mismo es de Satanás; es completamente malo (véase Marcos 7:21-23). El evangelio propone salvar al hombre de sí mismo; por lo tanto, el hombre que se propone hacer, ya sea total o parcialmente por sí mismo, la obra que Dios requiere, se propone hacer lo mejor que puede para frustrar el plan de Dios. Muchos hacen esto ignorantemente, pero el resultado es el mismo. Fue porque los judíos ignoraban la justicia de Dios que intentaron establecer su propia justicia (Romanos 10:1-3). Quienquiera que comprenda la infinita profundidad, altura y anchura del carácter de Dios, que se resume en su ley, verá fácilmente que nada menos que el poder de Dios puede producir ese carácter en el hombre. Solo Dios mismo puede hacer las obras de Dios. Que un hombre asuma que él mismo es capaz de hacer las obras justas de Dios, es hacerse igual a Dios; y eso es el mismísimo «misterio de la iniquidad».

La obra del evangelio, entonces, es poner las obras justas de Dios en lugar de la injusticia del hombre. Es obrar en el hombre las obras de Dios y hacerle pensar los pensamientos de

Dios. Es salvarlo de toda injusticia, librarlo de «este mundo presente de maldad», redimirlo de toda iniquidad; ese es el resultado. ¿Por qué medios ha de lograrse? —Por el poder de Dios. Debemos saber, entonces, qué es ese poder y cómo se aplica.

Inmediatamente después de la declaración de que el evangelio es poder de Dios para salvación, el apóstol nos dice cómo podemos conocer ese poder. «Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa.» (Romanos 1:20, RVR1960). Es decir, el poder de Dios se ve en las cosas que Él ha hecho. La creación revela el poder de Dios, porque su poder es poder creador. El hecho de que Dios crea es lo que lo distingue como el único Dios verdadero. El salmista dice: «Porque grande es Jehová, y digno de suprema alabanza;

Temible sobre todos los dioses. Porque todos los dioses de los pueblos son ídolos;
Pero Jehová hizo los cielos.» (Salmos 96:4-5, RVR1960).

De nuevo leemos: «Mas Jehová es el Dios verdadero; él es Dios vivo y Rey eterno; a su ira tiembla la tierra, y las naciones no pueden sufrir su indignación. Les diréis así: Los dioses que no hicieron los cielos ni la tierra, desaparezcan de la tierra y de debajo de los cielos. El que hizo la tierra con su poder, el que puso en orden el mundo con su saber, y extendió los cielos con su sabiduría; a su voz se produce muchedumbre de aguas en el cielo, y hace subir las nubes de lo postrero de la tierra; hace los relámpagos con la lluvia, y saca el viento de sus depósitos.» (Jeremías 10:10-13, RVR1960).

Salmos 33:6, 9 nos dice cómo hizo el Señor los cielos y la tierra: «Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos, y todo el ejército de ellos por el aliento de su boca». «Porque Él dijo, y fue hecho; Él mandó, y existió». Fue hecho por su palabra. Cuando Dios habla, la cosa misma existe en las palabras que describen o nombran la cosa. Así es como Él «el cual da vida a los muertos, y llama las cosas que no son, como si fuesen.» (Romanos 4:17, RVR1960). Si el hombre llamara una cosa que no es como si fuera, sería una mentira; pero no así cuando Dios habla, porque su misma palabra hace que sea. Cuando Él pronuncia la palabra, la cosa ahí está. «Él dijo, y fue hecho».

La misma palabra que crea también sustenta. En Hebreos 1:3 leemos que Cristo, quien creó todas las cosas, sustenta todas las cosas «con la palabra de su poder». También el apóstol

Pedro nos dice que «hubo desde antiguo cielos, y también una tierra que, por la palabra de Dios, estaba compactada de agua y a través [margen, por] de agua; por lo cual el mundo de entonces pereció anegado en agua; pero los cielos que ahora son, y la tierra, han sido reservados por la misma palabra, guardados para el fuego en el día del juicio y de la perdición de los hombres impíos» (2 Pedro 3:5-7, Versión Revisada). El poder creador de la palabra de Dios se ve en la preservación de la tierra y los cuerpos celestes, y en el crecimiento de todas las plantas. Con el mismo efecto son las palabras del Señor por el profeta Isaías: «¿A qué, pues, me haréis semejante o me compararéis? dice el Santo. Levantad en alto vuestros ojos, y mirad quién creó estas cosas; él saca y cuenta su ejército; a todas llama por sus nombres; ninguna faltará; tal es la grandeza de su fuerza, y el poder de su dominio.» (Isaías 40:25-26, RVR1960).

La razón por la que esto es así se encuentra en el hecho de que la palabra de Dios es viva; siendo el aliento de Dios, tiene la naturaleza incorruptible de Dios, de modo que su poder nunca disminuye. El capítulo cuarenta de Isaías está enteramente dedicado a mostrar el poder de Dios, una muestra del cual acabamos de citar. La palabra por la cual todas estas cosas son sustentadas es aquella de la que se habla en los versículos 7, 8: «La hierba se seca, la flor se marchita; porque el espíritu de Jehová sopla en ella; ciertamente el pueblo es hierba. La hierba se seca, la flor se marchita; mas la palabra del Dios nuestro permanecerá para siempre». El apóstol Pedro cita estas palabras y añade: «Mas la palabra del Señor permanece para siempre.

Y esta es la palabra que por el evangelio os ha sido anunciada.» (1 Pedro 1:25, RVR1960).

Así volvemos a la declaración de que el evangelio es el poder de Dios para salvación. Pero el poder de Dios se muestra en la creación y sustentación de la tierra; por lo tanto, el evangelio es el poder creador de Dios ejercido para la salvación del hombre del pecado. Así dice el apóstol: «De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas. Y todo esto proviene de Dios, quien nos reconcilió consigo mismo por Cristo, y nos dio el ministerio de la reconciliación;» (2 Corintios 5:17-18, RVR1960). «Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas.» (Efesios 2:10, RVR1960). La obra de redención es la obra de producir una nueva creación —hombres nuevos, cielos nuevos y tierra nueva— por la misma palabra que creó todas las cosas al principio.

¿Qué mayor aliento puede darnos Dios que este, a saber, que el poder que obra en nosotros aquello que es agradable a la vista del Señor, es el poder que hizo los cielos y la tierra, y que los sustenta? ¿Hay necesidad de desaliento alguno? Desarrollar este pensamiento, tal como se expone en las Escrituras, requeriría un volumen; pero leeremos algunos textos que nos pondrán en la pista de contemplar el poder de Dios en la creación y regocijarnos en él.

El salmista dice: «Una vez habló Dios;

Dos veces he oído esto:

Que de Dios es el poder, Y tuya, oh Señor, es la misericordia;

Porque tú pagas a cada uno conforme a su obra.» (Salmos 62:11-12, RVR1960). Aquí vemos la misericordia de Dios unida a su poder. Ahora lea todo el capítulo cuarenta de Isaías, y mientras lee la descripción del maravilloso poder de Dios, tenga en cuenta el primer versículo: «Consolad, consolad a mi pueblo, dice vuestro Dios». Y luego, al final, lea: «Él da esfuerzo al cansado, y multiplica las fuerzas al que no tiene ningunas. Los muchachos se fatigan y se cansan, los jóvenes flaquean y caen; pero los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas; levantarán alas como las águilas; correrán, y no se cansarán; caminarán, y no se fatigarán». ¿Con qué poder? —Con el poder que creó la tierra de la nada y que la preserva. ¿Cuál es el consuelo del pueblo de Dios? —Es el conocimiento de que su Dios es poderoso en poder, incluso para crear y sustentar el universo. Lea también Colosenses 1:9-18, y observe cómo la redención y la creación de todo el universo están unidas. Tenemos redención por la sangre de Cristo, porque «por Él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de Él y para Él. Y Él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en Él subsisten; y Él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia». Ciertamente la iglesia debe ser fuerte, cuando está conectada con una cabeza tan poderosa. Solo cuando los hombres, por incredulidad, se desconectan de la cabeza, son débiles.

El versículo 11 del pasaje al que se hace referencia dice así: «Fortalecidos con todo poder, conforme a la potencia de su gloria, para toda paciencia y longanimidad con gozo». En la revisión esto se traduce más literalmente así: «Fortalecidos [margen, hechos poderosos] con todo poder, según la fuerza de su gloria». Ahora lea Salmos 19:1: «Los cielos cuentan la gloria

de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos». Es decir, los cielos declaran el poder de la gloria de Dios, por el cual somos fortalecidos en el conflicto con el pecado y Satanás.

Ahora volvamos a Salmos 111:2-4, y leamos: «Grandes son las obras de Jehová, buscadas por todos los que en ellas se complacen. Su obra es gloriosa y magnífica, y su justicia permanece para siempre. Ha hecho memorables sus maravillas; clemente y misericordioso es Jehová». Sí, el Señor es clemente y misericordioso según el poder exhibido en las obras de sus manos. «El que confía en Jehová, la misericordia lo rodeará». Y esa misericordia es igual al poder que hizo los cielos y la tierra. Sí, es ese poder; porque Dios mismo, el Dios Todopoderoso, es amor.

Pero, ¿qué más diremos? El tiempo nos faltaría para relatar el poder y la misericordia de Dios. Cuando meditamos en la ley de Dios, como se nos exhorta a hacer de día y de noche, y encontramos en ella cosas tan maravillosas que nuestra alma desfallece ante el pensamiento de que toda esa justicia debe exhibirse en nuestras vidas, alcemos también nuestros ojos a los cielos, y miremos la tierra de abajo, y luego con regocijo digamos: «Nuestro socorro está en el nombre de Jehová,

Que hizo el cielo y la tierra.» (Salmos 124:8, RVR1960). Sí, que todos los que sufren según la voluntad de Dios, «De modo que los que padecen según la voluntad de Dios, encomienden sus almas al fiel Creador, y hagan el bien.» (1 Pedro 4:19, RVR1960). Recordad que Aquel que sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, es «poderoso para guardarlos sin caída, y presentarlos sin mancha delante de su gloria con gran alegría» (Judas 24).

«Bajo su ojo vigilante Sus santos seguros moran;

Esa mano que toda la naturaleza sostiene A sus hijos bien guardará». «Y a Aquel que es poderoso para hacer todas las cosas mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que actúa en nosotros, a él sea gloria en la iglesia en Cristo Jesús por todas las edades, por los siglos de los siglos. Amén.» (Efesios 3:20-21, RVR1960). Ciertamente, feliz el pueblo cuyo Dios es Jehová.

PT, 28 de enero de 1892